APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA A LA UTILIDAD DE LAS LENGUAS EXTRANJERAS

RAFAEL DEL MORAL AGUILERA

Virginia University (Estados Unidos)

Mi ponencia, lo anuncio, es revolucionaria. Y sé que muchos no estaréis de acuerdo con mi concepto de lenguas propias y lenguas añadidas, tan ajenos a la tradición en el estudio de lenguas maternas y lenguas extranjeras.

Sin lengua, sin idioma no seríamos nada. Imposible interpretar el mundo. Con el don de hablar hemos llegado a ser semidioses. Con muchas lenguas para una sola nación, la europea, reconozcámoslo, somos una calamidad, y ni entendemos lo que hay que hacer ni cómo hacerlo. La habilidad de hablar varios idiomas puede ser un bien, estoy de acuerdo, pero la habilidad de mantener la boca cerrada en cualquier idioma no tiene precio.

Una lengua que no se usa, no sirve. Una lengua es útil si es necesaria. Una lengua pasa a formar parte de la identidad de un individuo cuando hace falta, de manera natural. No hay individuos sin lengua. La materna es consustancial. Y si se necesita otra, se añade sin esfuerzo, sin asistir a clases, sin matrículas, sin polémicas, sin preguntas, sin dudas, sin exámenes. Se añade, siempre que sea el momento, con la misma naturalidad que aprendemos a andar, a contemplar un paisaje o a distinguir las plantas. ¿Y cuál es la lengua de una persona? La respuesta es sencilla, la que necesite o las necesarias. Los hablantes se apropian de una o varias lenguas según la familia que le da vida y el ambiente que le toca vivir. Y no podemos elegir.

Cuatro son los tipos de personas en función de las necesidades lingüísticas a pesar de que los límites nunca sean exactos: *el hablante plurilingüe, el ambilingüe, el bilingüe* y *el monolingüe*. Ninguno de ellos goza de privilegio alguno sobre los demás. Los cuatro cubren sus necesidades comunicativas con tres o más lenguas, con dos, con una y media, o con una. Y las cubren con parecida eficacia unos y otros.

Un ejemplo tipo de cada uno de estos hablantes servirá para una mejor comprensión:

1. Plurilingües

Khaled ha nacido en Samarcanda, y articuló sus primeras palabras en la lengua de sus padres, el tayiko, variedad del persa poco usada en la transmisión cultural escrita. Su ciudad no usa el tayiko en la enseñanza, sino el ruso, lengua vehicular de la antigua Unión Soviética viva en colegios y universidades de la nación. Pero en Samarcanda, y sobre todo en Taskent, la lengua nacional es el uzbeko, incentivada por las autoridades, y que empieza a introducirse en la transmisión cultural después de una normalización lingüística. Khaled es arquitecto y su biblioteca se nutre con el ruso. En las relaciones laborales usa el uzbeco, y con su familia y con los amigos de la infancia, el tayiko. Su lengua propia, permítaseme expresarlo así, son tres, tayiko, uzbeco y ruso, y las tres usadas como una. Su patrimonio léxico es grande, su habilidad expresiva encomiable, pero eso no lo señala en su currículo. De ninguna puede prescindir. Supondría una merma en su comunicación. Khaled dispone de tres lenguas propias.

En todos los continentes encontramos hablantes plurilingües, que no quiere decir gente que ha estudiado tres lenguas, sino que ha heredado, recibido y asimilado tres lenguas, y ninguna de ellas le es ajena, se identifica con las tres. Ni siquiera podríamos decir que el tayiko es la principal por ser la de su madre, que también habla las otras dos, ni siquiera que muestra más afecto por el uzbeco que por el ruso. Son tres lenguas distintas con una función única: la comunicación. Tres códigos que funcionan como lengua propia.

La propiedad de tres lenguas es casi inexistente en América donde la llegada de las lenguas europeas eclipsó a las vernáculas, pero muy frecuente en África donde a la lengua de la tribu se añade a la de la nación, y a ésta la del comercio, que puede ser el suajili, el volofo, el hausa..., o la del desarrollo cultural, que son fundamentalmente dos, el inglés y el francés. En África, y también en el Este Asiático, encontramos hablantes que para sus necesidades comunicativas necesitan cuatro lenguas. Y ese tipo de hablante no es una excepción.

2. Ambilingües

José Luis García ha nacido en Barcelona. Con su familia habla catalán, pero el castellano, que es como allí prefieren llamar al español, entra en su vida y en la de sus antepasados desde hace cinco siglos con tanta frecuencia que se convirtió, igualmente, en lengua propia. Es médico traumatólogo en el Hospital Valle Hebrón, y como existe cierta presión para evitar lo español siempre que sea posible, se expresa en catalán con

gusto, pero son muchas las ocasiones en que a lo largo del día necesita la lengua común: periódicos, internet, libros, compañeros, amigos de sus hijos, televisión, radio…

Atento a las modas, suelen llamarlo Josep Lluís y preferiría no apellidarse García. Si fuera fácil, lo cambiaría por Garcés. Sabe que necesita las dos lenguas, que ambas forman el grupo de las propias, una y otra, que son dos los códigos que identifican su personalidad y que la ausencia de uno lo dejaría parcialmente comunicado. Si la ausente fuera el catalán, no importaría, pero eso, aunque no está prohibido decirlo, no se dice.

Los hablantes ambilingües como Josep Lluís García o Garcés son numerosos en Asia y África. Su comunicación con el entorno exige dos lenguas para lo que otros territorios necesitan tres o cuatro, o solo una. Son locutores ambilingües los hablantes de gallego, vasco, bretón, alsaciano, galés, tártaro, checheno, osético, curdo… y muchos más. Llamo a estos idiomas sin hablantes monolingües, *lenguas condicionadas*, porque sus usuarios necesitan otra para completar la comunicación. Son necesariamente ambilingües. Si no tuvieran la segunda vivirían en aislamiento social.

El ambilingüismo es una situación habitual en la historia de los pueblos. Es periodo de transición cuando una lengua va a desaparecer y otra se alza como más útil. Los hablantes de íbero, de celta o de fenicio-cartaginés eligieron el latín después de un periodo ambilingüe. Sucede actualmente con el suletino y el labortano, variedades del vasco en el sur de Francia que mueren lentamente porque sus usuarios usan cada vez más el francés. Los hablantes peninsulares, excepto Portugal, lo entendieron así, e hicieron del español su lengua, y quedaron las otras relegadas al uso familiar. Y como el español evolucionaba como instrumento útil, recibió más mimos que el gallego, el vasco, el catalán, el valenciano o el balear. El padre de familia gallego de los años setenta, en busca de un futuro acomodado para sus descendientes, decía:

> Mi padre, pobre hombre, solo hablaba gallego. Yo hablo gallego y castellano. Mi hijo ya solo habla castellano, menos mal.

3. Bilingües

Mariano Izquierdo nació en Cuenca y es ingeniero industrial. Dispone de amplios conocimientos de inglés adquiridos en cursos específicos, y le gustaría tener muchos más porque trabaja en una multinacional que lo usa como lengua de intercambio. En estos días prepara una comunicación que deberá leer en el congreso anual que la compañía celebra en Zúrich. El resto del año se relaja. Le gustaría saber más, pero no sabe

cómo. Mariano no necesita más lengua que la propia, que es el español, y esporádicamente el inglés. Por eso su nivel, como el de tantos españoles, es el intermedio. No posee más lengua que el español, y no ha necesitado otra ni la va a necesitar salvo ese nivel de inglés con el que consigue salir airoso de sus compromisos.

Los españoles somos limitadamente expertos en inglés. Lo estudiamos en el bachillerato, y después seguiremos con la necesidad de utilizarlo, sí, pero en pequeñas dosis, porque aunque sean grandes, carecemos de una realidad lingüística que lo sustente. Los españoles disponemos del nivel de inglés que necesitamos, ni más, ni menos. Los suecos alcanzan el nivel superior porque sus universidades utilizan el inglés como instrumento de comunicación, y no el sueco, pues sus hablantes lo consideran insuficiente para el desarrollo cultural.

Esta afirmación molestaría a Moreno Cabrera, autor, como yo, de un tratado sobre las lenguas de mundo, y otro, como yo, sobre la sociología de las lenguas, en el cual defiende, con argumentos muy sutiles, que todas las lenguas son iguales. Por eso lo llama *La dignidad e igualdad de las lenguas*, pero cuando le toca defender la igualdad del suajili frente al inglés, o del francés frente al lingala, dice que si bien la cantidad de publicaciones en inglés o la limitación del léxico del lingala son de momento distantes de las dos lenguas europeas, ambas lenguas están, por sus estructuras, en disposición de igualarse. Y estoy de acuerdo. Un mendigo es igual que el hombre rico porque tiene la posibilidad de enriquecerse, si tiene la suerte de hacerlo, claro, pero mientas tanto es… un mendigo.

Con frecuencia se habla de bilingüismo con enorme confusión. Todo hablante de dos lenguas, con independencia del uso de la segunda, es bilingüe, y eso es un grave error sociolingüístico. No podemos llamar bilingüe a quien necesita dos lenguas en su vida diaria, y no puede prescindir de ellas, y también a quien de vez en cuanto lee en inglés un texto en Zúrich. El hablante ambilingüe dispone de dos lenguas maternas o propias, y tan dentro va la una como la otra. Nada que ver con el bilingüe, que posee una lengua principal y otra que maneja en diversos grados de destreza.

En Moscú, en la *Universidad de Relaciones Internacionales*, que frecuento como escritor y conferenciante desde hace quince años, se enseñan cincuenta y tres lenguas. Ninguna universidad del mundo tiene oferta tan amplia. La *Universidad de Relaciones Internacionales* de Moscú es algo así como la *Escuela Diplomática* para nosotros. De allí saldrán los representantes de Rusia en los principales países del mundo, y eso lo saben. La enseñanza bilingüe, por tanto, resulta mucho más útil.

En Francia casi el sesenta por ciento de los estudiantes estudia español, y esto sucede desde hace unos ochenta años. ¿Alguien ha comprobado que el sesenta por ciento de

los franceses, digamos el cincuenta, o el diez, sea capaz de entenderse en español? El esfuerzo didáctico resulta inútil. A partir del examen de bachillerato dirán adiós a la lengua para casi siempre. Sencillamente deja de existir porque no la necesitan.

4. Monolingües

Steve Bool nació en Londres, y nunca ha sentido la necesidad de añadir lengua alguna la propia, a pesar de que suele pasar sus vacaciones en el club de golf de Turre, en Almería, y que ha viajado por toda Europa. Nunca se ha esforzado por hablar otra lengua. Ya se encargan los demás de balbucear la suya.

Los hablantes monolingües cubren sus necesidades de comunicación con una sola lengua, la materna, que coincide con la del entorno, con la vehicular y con la de ampliación cultural. El inglés, lo voy a decir con énfasis, es lengua única para la ciencia, la única realmente útil para mantener hablantes monolingües. Solo una minoría de estudiantes anglófonos se acerca al estudio de lenguas extranjeras.

Para algunos lingüistas españoles los hablantes de lenguas poderosas "disponen de los medios coercitivos para que sean los demás quienes hablen, lean y escriban inglés". (Enrique Bernárdez. *El lenguaje como cultura* pág. 77) No estoy de acuerdo. Cuando las lenguas se imponen, no se aprenden. No se puede aprender a la fuerza. Las lenguas se aceptan cuando hacen falta, y se rechazan cuando no son necesarias. Nadie obliga a estudiar inglés. Unas veinte páginas dediqué en mi *Breve historia de las lenguas del mundo* a enumerar las razones por las que el inglés se ha convertido en la mayor lengua vehicular que conoció la humanidad, y en ninguna encontré imposición.

En Estados Unidos no es obligatorio estudiar lenguas extranjeras. Las estudian quienes han de hacer uso de ellas. El pasado mes de abril estuve contratado como profesor visitante en la Universidad *Virginia Tech*, la mayor de Estados Unidos. Cuarenta mil estudiantes. Solo unos trescientos estudian lenguas extranjeras. La mayoría de ellos el español, le sigue de lejos el francés, solo unos pocos alemán y media docena el ruso. Ahí desaparece la sección de lenguas extranjeras. Para el 95% de aquellos estudiantes la variedad de idiomas es un exotismo de europeos y asiáticos.

DEDUCCIONES

Tenemos, por tanto, hablantes *monolingües* como Steve Bool que no estudia lenguas porque con el inglés cubre sus fines; hablantes *bilingües* como Mariano Izquierdo que solo de manera esporádica utiliza una lengua complemento; hablantes *ambilingües* de

catalán-español, galés-inglés o alsaciano-francés como Josep Lluis Garcés que necesita dos lenguas propias en un territorio donde las dos están presentes día a día, y tenemos hablantes *plurilingües* como Khaled que pasa del tayiko al uzbeco, y del uzbeco y ruso como si usara una sola lengua.

Las necesidades de comunicación siguen un curso natural, pero diablillos insidiosos añaden conceptos aviesos que falsean los principios. Como tantos otros elementos del hombre, algunas lenguas en contacto con otras se valoran según las influencias de los grupos de presión.

Imaginemos que necesitamos cortar un trozo de madera y disponemos de dos sierras, una de ellas electrificada corta mejor. La otra fue del abuelo y, aunque rota, queremos usarla para conservar la tradición. Hemos reparado los dientes para que corte bien y la usamos a la vez que la moderna. Pero como la electrificada está fabricada en un país enemigo, la odiamos. Así que, como jefe de la carpintería, impongo a mis empleados que corten con la que pertenece a nuestra tradición. Siguen fabricándose los muebles, pero con un esfuerzo físico y económico mayor que, además, no es el más recomendable.

Cuando lo políticamente correcto se impone por encima de las necesidades se falsea la realidad.

La evolución y cambios en las lenguas se realizan cuando a una lengua que pertenece a un pueblo se añade otra especialmente apreciada. Los usuarios se tornan pronto ambilingües. Después de unas cuantas generaciones la lengua menos necesaria muere y deja paso a la recién llegada, que sirve de sierra eléctrica, y los hablantes vuelven a ser monolingües. Nadie lo lamenta. La muerte es un lugar común, y las lenguas forman parte del proceso.

A muchos lingüistas nos aflige la muerte de las lenguas y buscamos ideas para localizar hospitales donde se mantengan vivas. No se ha inventado aún la vida eterna.

Los españoles somos esencialmente monolingües. Nuestra lengua satisface las necesidades inmediatas e incluso las distantes. Algunos españoles son ambilingües, es decir, usan con destreza su lengua familiar y con similar habilidad el español o castellano. Y los españoles monolingües o ambilingües nos interesamos igualmente por añadir una lengua más en busca del bilingüismo.

Hay quien considera, a mi parecer sin razón, que debe modificarse la tendencia natural de las lenguas, que las lenguas condicionadas de dominios ambilingües pueden desbancar a su pareja, en teoría más útil, y que los usos y necesidades a los que el español

ha atendido durante siglos se pueden recuperar en unos años ocupando los espacios de éstos con la lengua menos extendida en la región. Si esto sucediera, sería la primera vez en la historia que se da un vuelco a la tendencia natural de las lenguas.

Me muestro a favor de todo lo que los hablantes quieran hacer con sus lenguas, de la misma manera que estoy a favor de todo lo que quieran hacer con sus vidas, pero en contra de las imposiciones de jefecillos y carguillos teñidos de azul o de rojo, de morado o de naranja o de más o menos verde, o disfrazados de corderos. La mejor política lingüística es la ausencia de política lingüística, siempre que cualquier lengua, sea el aranés o el chino, tenga la misma consideración desde el punto de vista legal, y que el hablante que quiere hablar suajili pueda hablarlo, sin menospreciar a quien ni quiere ni puede hablar suajili.

Una situación confusa y ajena a los principios de la comunicación se crea cuando un locutor ambilingüe elige la lengua que no corresponde al ámbito de sus interlocutores. Prima la elección de una con desprecio o menosprecio a los oyentes. No me imagino el uso del bretón o del alsaciano para dirigirse a hablantes que no tienen a estas lenguas como propias, incluso en la propia Alsacia o en Bretaña. Solo a un necio, o a un extremista, se le ocurre utilizar la lengua menos útil si lo que pretende es comunicarse.

En ninguna de las cuarenta regiones ambilingües europeas, ni en las más de mil del mundo, los hablantes eligen para la comunicación la lengua condicionada, la lengua más débil del hablante ambilingüe, a no ser que ignore quiénes son sus interlocutores, o que tenga la intención de despreciarlos. Me recuerda la consigna que figuró en las aulas de la Bretaña francesa: "Prohibido escupir y hablar bretón." La soberbia humana, la petulancia, tiene su fiel reflejo en las lenguas.

CONCLUSIÓN

Y concluiré con la idea primera: las lenguas han de ser necesarias. Están preparadas para aprenderlas con automatismos, para heredarlas, para apropiárselas con la suavidad con la que trascurren los días y las noches. La única lengua del mundo preparada para su estudio, el esperanto, es artificial, tiene dieciséis reglas gramaticales y ninguna excepción.

A mi parecer el aprendizaje de las otras no debe consistir en una memorización de léxico y normas, sino de uso y situaciones reales.

Sugiero, por tanto, que se dejen a las lenguas en paz y se aprenda lo necesario, y que permitamos, relajados, que las aguas dejen de correr por parajes accidentados y regresen a los cauces propios.

BIBLIOGRAFÍA

Del Moral, Rafael. *Diccionario Espasa de las Lenguas del Mundo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2002.

---------- *Historia de las lenguas hispánicas contada para escépticos.* Barcelona, Ediciones B, 2009.

---------- *Breve historia de las lenguas del mundo*. Barcelona: Castalia, 2014.

---------- *Las batallas de la eñe: Lenguas condicionadas y nacionalismos exaltados*. Madrid: Verbum, 2015